

CRISTINA CASSAR SCALIA

Arena negra

Traducción de Montse Triviño



Duomo ediciones

Barcelona, 2022

A la abuela Livia

*El crimen no cuenta... Cuenta lo que ocurre,
o ha ocurrido, en la mente de quien lo comete.*

GEORGES SIMENON

1.

La *Muntagna* se había despertado aquella mañana. Una densa nube negra de cenizas se cernía sobre la ciudad y la envolvía. En los momentos de silencio, incluso desde el mar se escuchaban los estallidos, a medio camino entre el fragor de un trueno y la explosión de un fuego artificial atenuada por la distancia.

La arena caía sin descanso y formaba en el suelo una alfombra que crujía al pisarla. Se deslizaba por los paraguas abiertos, colocados aquí y allá por vendedores ambulantes que habían aparecido rápidamente en las calles, como en los días de lluvia repentina.

Alfio Burrano mojó el cristal varias veces antes de resignarse y accionar el limpiaparabrisas. El capó de su Range Rover blanco, recién salido del concesionario, había adoptado brevemente una tonalidad gris antracita y ahora se acercaba ya al negro opaco. Alfio maldijo para sus adentros al pensar en los daños irreparables que aquella arena negra abrasiva, capaz de arañar cualquier superficie con la que entraba en contacto –incluidos los ojos–, iba a causar en la carrocería.

Sacó del bolsillo delantero de su mochila un puro a medio fumar y lo encendió.

Entre el cartel que decía BIENVENIDO A SCIARA, EL PUEBLO DEL ETNA y la entrada principal de Villa Burrano había unos quinientos metros, ocupados por una miríada de edificios de

distintas formas que rodeaban la mansión y se alzaban en el lugar donde en otros tiempos se extendía el parque privado de la finca.

Mientras dejaba a su espalda la plaza del pueblo y se dirigía a la verja lateral, empezó a sonar el teléfono conectado al ordenador de a bordo del coche. Alfio le echó un vistazo a la pantalla para asegurarse de que no mostraba de nuevo aquellos ojos azules que habría preferido olvidar y que llevaban toda la tarde torturándolo con mensajes y llamadas que se había obligado a no responder.

La voz de Valentina –su enóloga, pero no solo eso y algo más– lo tranquilizó.

–Eh, *boss*, ¿qué ha pasado al final?

–¿Y qué quieres que haya pasado? Espacio aéreo de Catania cerrado hasta mañana por la mañana si todo va bien. Vuelos desviados a Palermo y a Comiso o cancelados, como el mío. Vamos, el caos de siempre. Espero que al menos mañana me dejen volar, porque si no, me fastidian todos los planes.

Cuando, horas antes, había visto el mostrador del *check-in* de la sala Bellini tomado al asalto por una veintena de acumuladores de millas, tan enfadados como él por la imposibilidad de arreglar la situación a golpe de Carta Freccia Alata y embarque prioritario, Alfio se había pegado al teléfono. Había puesto patas arriba todo el estado mayor del aeropuerto catanés, entre cuyas filas tenía más de un amigo, para conseguir que lo metieran en el único vuelo que salía aquella tarde con destino al aeropuerto de Linate. Pero todo había sido en vano.

–Seguro que encontrarán la manera de conseguirte un vuelo. ¿Te parece que esta noche vayamos a cenar a alguna parte y así te animas un poco? –propuso ella.

En otro momento ni se lo hubiera pensado, pero después de aquella tarde desastrosa, pasarse la noche coqueteando a

la luz de las velas para conseguir un polvo le parecía un plan demasiado complicado.

–No, Vale. No te enfades, pero esta noche prefiero retirarme a Sciara.

Silencio. Se lo había tomado mal.

–Ya, claro, es la noche perfecta para subir a un pueblecito de la ladera del volcán. ¿Por qué no te echas a dormir justo en la boca del cráter?

Pues sí, se lo había tomado muy mal. Solo le quedaba devolver la invitación. Total, tampoco iba a aceptar.

Se equivocó.

–Eres un capullo, Burrano. ¡Sabes que esa villa en ruinas me impresiona! –Suspiró, resignada, y luego añadió–: De acuerdo, yo llevo la cena.

Alfio abrió la verja y condujo por un sendero ascendente. Aparcó el Range Rover bajo un árbol de ramas lo bastante densas como para protegerlo y lo bastante fuertes como para no ceder bajo el peso de la arena. Se dirigió hacia la única zona iluminada de la villa: cuatro estancias y unos pocos metros cuadrados de jardín, en los cuales había conseguido meter hasta una piscina de dimensiones respetables. Las habitaciones tenían entrada independiente y no se comunicaban ni con el ala principal ni con la torre.

Era la zona que le había cedido generosamente «la vieja», y con eso se había conformado. Tampoco es que esperara más.

La vieja, más conocida como su tía Teresa Burrano, una mujer podrida de dinero pero más avara que Harpagón, no solo era la única pariente de Alfio, sino también su única fuente de ingresos. Ella, sin embargo, lo trataba como si fuera poco más que mugre y no tenía reparos a la hora de mostrar lo mucho que la decepcionaba saber que Alfio era el heredero universal del patrimonio familiar.

El tunecino Chadi, chico para todo de la villa, salió de una casucha independiente y se le acercó, asombrado de verlo allí. Lo siguió por la casa hasta que llegaron al jardín trasero.

–Menos mal, Chadi, que se te ha ocurrido tapar la piscina. Con todo el polvo que está cayendo, a estas horas ya se habría convertido en un lodazal –lo felicitó.

La lona impermeable estaba tan llena de arena negra como el borde de la piscina y el césped que la rodeaba, y pesaba tanto que se curvaba hacia el agua. Chadi se colocó bajo la marquesina y esperó.

Alfio comprendió que tenía algo que decirle.

–Señor, en esa parte de allí de la casa se ha caído pared. Dentro hay agua –le informó Chadi, mientras señalaba una zona a oscuras de la casa.

–¿Qué significa agua? ¿Quieres decir humedad?

–No, no. Agua.

Burrano lo observó con perplejidad.

–¿Cómo es que has ido allí?

Sin decirle nada a su tía, quien, de lo contrario, habría protestado, Alfio había contratado a aquel hombre para que cuidara de la villa y le había dejado, por si acaso, las llaves de la vieja entrada de servicio de la torre. Aunque, eso no era todo: aparte de las dos cámaras de seguridad que vigilaban la propiedad, había hecho instalar una tercera, que abarcaba desde la esquina de su casa hasta el principio del jardín grande. Ya habían sufrido bastantes robos, no quería ninguno más. Estaba en juego el valor de la casa. Y si aquella vieja histórica no quería entenderlo, pues peor para ella.

–He oído ruido fuerte. Luego he encendido luz de allí y he ido a ver. Todas las habitaciones. Luego he entrado en habitación bajo torre, la de los armarios, y he visto muro caído. Cuando lo he tocado, mi mano mojada.

–¡Mierda, lo último que me faltaba! –farfulló Alfio.

–¿Quiere verlo?

–¿Es que tengo elección? Claro que quiero verlo.

Sí, claro que quería verlo, ¿y luego qué? Aunque se hubiera producido una filtración de agua, ¿qué podía hacer él? La vieja no quería oír ni una palabra de gastar dinero en aquella casa.

Maldiciendo para sus adentros, Alfio fue a activar el contador que proporcionaba energía eléctrica a la torre. Cogió las llaves y una linterna, y precedió al tunecino por el corredor exterior de servicio que conducía a la entrada principal.

Era el camino más rápido para acceder a la estancia en cuestión sin tener que rodear toda la casa.

Al abrirse, el portón emitió un siniestro chirrido que ponía la piel de gallina. Alfio subió la palanca de un interruptor negro antediluviano y soltó un suspiro de alivio por haber sobrevivido una vez más al peligro de electrocutarse. Las pocas bombillas que aún seguían con vida iluminaron la escalera de mármol por la que él y Chadi llegaron al lugar de los hechos. El sector afectado por la filtración se hallaba en el primer piso: se trataba de una especie de comedor amueblado con un gusto extravagante –como el resto de la casa, por lo demás– que comunicaba con los dormitorios.

Hacía un calor inhumano y el olor del polvo que flotaba en el aire le produjo cosquillas en la nariz. Alfio le pidió a Chadi que abriera una ventana, cosa que el tunecino hizo con dificultad debido a que las persianas estaban estropeadas.

–Aparta esa cortina, que está llena de polvo. Ya cuesta respirar, como encima le añadamos cincuenta años de polvo nos morimos aquí dentro. Malditas sean ella y todas sus manías. ¿Cómo se puede tener la casa en estas condiciones? –despotricó.

El derrumbamiento se había producido cerca de la chimenea y había derribado una estantería vacía. La pared rezumaba

agua hasta el punto de que se habían formado líquenes, o algo parecido. En un rincón del suelo habían salido incluso hongos.

–Quién sabe cuánto tiempo lleva así –refunfuñó. Apoyó la mano en la pared y la retiró enseguida, asqueado–. Se habrá roto alguna tubería, pero a saber cuál. Aquí todo se cae a pedazos.

Dirigió el foco de luz hacia la decoración de la pared que estaba enfrente del muro empapado. Los colores, el tema... Todo reflejaba el estilo con el que se había decorado la villa entera en su día, una mezcla entre arquitectura árabe y *liberty*. A un lado vio una estatua de medio busto, parecida a las que adornaban los senderos de Villa Bellini, el jardín público de los cataneses. Era Ignazio Maria Burrano, su abuelo. Qué diantres pintaba una escultura así en una habitación privada era algo que solo sus antepasados sabían.

Se entretuvo contemplándola más de lo estrictamente necesario y, con la ayuda de los 3 000 lúmenes de la linterna led que le había dado a Chadi, Alfio se fijó en que detrás de la escultura los colores se conservaban más vivos que en el resto de la pared. Es más, parecían pintados sobre un material distinto.

Apoyó el codo en la estatua y notó que se tambaleaba.

–No debe de pesar mucho si oscila tanto –afirmó.

Sintió curiosidad e intentó moverla. Enseguida se dio cuenta de que era muy fácil desplazarla, por lo que sin duda era de yeso o, al menos, estaba hueca. La apartó a un lado y dejó el muro a la vista.

La discromía era evidente.

Chadi se arrodilló sin preocuparse de la suciedad, que sin duda incluía excrementos de roedores, y acercó la mano al ángulo que formaban la pared y el suelo.

–Aquí está hilaza –afirmó en su dialecto siciliano-tunecino mientras indicaba una grieta de aproximadamente un metro y medio de largo.

Dio un golpecito en la pared, y esta sonó hueca. Madera, adivinó Alfio mientras se acercaba. Apuntó la linterna hacia el lado izquierdo y, tras introducir el dedo en una pequeña abertura que más bien parecía una arruga, siguió el ángulo hasta topar contra algo redondo y metálico: una especie de pomo, más o menos a la altura de sus ojos. Intentó moverlo hacia la derecha, pero sin resultado.

–Chadi, ayúdame a tirar de esta cosa.

Tiraron entre los dos. El pomo se desplazó unos milímetros, hasta que de repente cedió y resultó ser un pasador de hierro colocado para cerrar algo. La pared se movió como si fuera una puerta.

Alfio tiró con fuerza hasta abrirla del todo.

–Toma toma toma... –murmuró, maravillado.

Delante de él se abría un abismo, en cuyo interior colgaban dos cuerdas de grandes dimensiones. De haber dado un paso hacia delante, habría terminado en el fondo de... ¿de qué? Así, a primera vista, parecía el hueco de un ascensor. Un montacargas, probablemente.

Se agarró bien a la pared y asomó la cabeza. Enfocó la linterna primero hacia arriba y luego hacia abajo.

–¡Otra de las extravagancias del viejo! –masculló, pensando en las cosas absurdas que su abuelo había mandado instalar en la villa y que él iba descubriendo de vez en cuando.

Aquella, sin embargo, era la más sorprendente de todas.

Hizo cálculos. Debajo de aquella habitación de la primera planta debía de estar la cocina, o puede que la despensa. Lugares en los que, como mucho, debía de haber entrado un par de veces en su vida.

–Vamos abajo –dijo.

Se dirigió a la escalera, seguido por Chadi, y se adentró por un pasillo de servicio. Intentó encender la luz, pero esta

vez ni siquiera había bombilla. La cocina también estaba a oscuras. El sentido común le decía que aplazara la inspección, sobre todo porque de un momento a otro se presentaría Valentina y desde allí no la oiría, pero sentía una curiosidad demasiado grande como para esperar a regresar de Milán.

Apuntó su famosa superlinterna hacia las paredes de azulejos de lo que quedaba de aquella cocina, equipada aún con una nevera estilo Picapiedra y unas cuantas cazuelas oxidadas de cobre que colgaban aquí y allí. La pared en la que teóricamente se abría el montacargas estaba tapada por un aparador que, en su época, debía de estar pintado de verde pálido.

–Ven aquí, Chadi, vamos a mover este trasto.

–¿Ahora?

–No, pasado mañana.

En la frente del muchacho apareció un signo de interrogación, justo entre sus ojos negros y separados.

–Ahora –aclaró Alfio.

Tal y como esperaba, la puerta estaba justo detrás. Satisfecho, Burrano recogió la linterna y se fue directo al pestillo. Abrió la puerta sin tener que hacer mucha fuerza y enfocó el haz de luz hacia el montacargas.

Retrocedió con un sobresalto.

–¡Joder! –gritó, dejando caer la linterna al suelo.

Trastabillando y ayudándose con las manos, corrió hacia la salida y consiguió llegar al pasillo. Siguió avanzando unos metros, hasta que la oscuridad se volvió aún más negra, y las piernas le flaquearon. Las arcadas lo vencieron.

2.

Repantigada en una hamaca, bajo una tela extendida para protegerse de la lluvia de ceniza volcánica, la subcomisaria adjunta Giovanna Garrasi disfrutaba del espectáculo pirotécnico que la naturaleza estaba ofreciendo desde hacía horas. De vez en cuando echaba el brazo hacia atrás y se servía del tronco de una de las dos palmeras que sostenían la hamaca para darse un empujoncito y dejarse «arrullar» un poco.

Nunca había visto nada igual.

La cima del Etna parecía un brasero que vomitaba fuego, sobre el que se alzaba una columna de cenizas y *lapilli*. La colada parecía haberse dirigido de nuevo hacia el valle del Bove, una depresión no edificada en la ladera oriental que hacía las veces de cuenca receptora y se convertía en la salvación de todos los pueblos situados en las faldas del volcán.

Se abrochó la chaqueta y acercó la mano a la silla de jardín en la que había depositado sus objetos de primera necesidad: el iPhone, un cucurucho de castañas asadas, un paquete de Gauloises azul, un cenicero y el espray antimosquitos. Cogió un cigarrillo, lo encendió y aspiró con fuerza la primera calada.

Treinta y nueve años, palermitana. Doce años de carrera en la policía, los primeros seis en Antimafia, y un currículum repleto de casos brillantemente resueltos. Después de tres años en Milán en el puesto de comisaria jefa de la Policía Judicial

de Fatebenefratelli, la subcomisaria adjunta Giovanna Garra-si, Vanina para los amigos, llevaba once meses al mando de la sección de Delitos Contra las Personas de la Policía Judicial de Catania.

Había regresado de Palermo hacía apenas una hora, cansada y abatida como todos los años por aquellas fechas. El 18 de septiembre era el día del recuerdo. Un recuerdo doloroso, de esos que no pasan nunca y que aburren el alma con una tristeza ya resignada.

Tres años había aguantado lejos de Sicilia. Tres largos inviernos enfrentándose al frío, en los que hasta había aprendido a esquiar, y tres veranos dedicados a soportar horas y horas de atasco en la autopista en cada uno de sus –escasos– momentos libres para llegar a la playa más cercana.

Por otro lado, nadie la había obligado. La decisión había sido suya. Es más, para ser sinceros debía reconocer que todo el mundo coincidía en que Milán no era para ella. Pero para que resultara verdaderamente eficaz, una revolución debía ser radical y en aquel periodo crítico de su vida, después de todo lo que había sucedido, eso era justamente lo que necesitaba.

El nombre de Vanina había sido cosa de su madre, que se lo había impuesto desde el primer día. Alardeaba de haberlo sacado de la novela *Vanina Vanini* de Stendhal, cuyo argumento ni siquiera conocía. Un diminutivo insólito, que casi todo el mundo estropeaba y convertía en «Vannina», menos poético pero más siciliano.

Vanina había descubierto casualmente el pueblo de Santo Stefano un par de semanas después de su llegada a Catania. Era un oasis de felicidad en las laderas del Etna, donde el orden parecía reinar con soberanía. Pasmada ante tanto virtuosismo, y después de comprobar la existencia de una carretera

que le permitía llegar al mar en menos de un cuarto de hora, había decidido convertirlo en su residencia, renunciando sin remordimiento alguno a la comodidad de tener cerca la oficina a cambio de un poco de paz.

Había sido una decisión acertada.

Una antigua casa de labranza recién reformada junto a una casa señorial en el centro del pueblo, provista de un jardín interior con muchos cítricos. En Catania, le habría resultado imposible encontrar –y no digamos pagar– una vivienda de esas características.

Aquellas pocas horas de ocio en la hamaca habían bastado para que a la subcomisaria adjunta se le desplomase encima todo el cansancio acumulado durante los últimos once meses. Pese a que empezaba a sentirse la humedad de la noche, le costaba encontrar las fuerzas para entrar en casa.

Tampoco su estado de ánimo, ya por los suelos tras aquella jornada dolorosa, conseguía recuperar terreno: la velada solitaria que tenía por delante no ayudaba precisamente a levantarle la moral. Quizá tendría que haber aceptado la propuesta que su amiga Giuli –también conocida como Maria Giulia De Rosa– le había hecho en uno de los muchos mensajes que le había enviado aquel día –además de las muchas llamadas a las que no había respondido– para ir a cenar a un nuevo restaurante del centro, especializado en cocina local, pizzas de fermentación lenta y cervezas artesanales. La clase de restaurante que a Vanina le gustaba frecuentar. Pero Giuli no salía nunca sin un séquito de menos de seis o siete personas, y aquella noche Vanina no tenía ganas de ver a nadie.

Pensó que una buena maratón cinematográfica en blanco y negro desde su sofá no era mala idea para aquella velada ya de por sí mala. Por lo menos serviría para distraerla de sus pensamientos melancólicos.

Apoyó un pie en el suelo tratando de que la hamaca no se desequilibrara, pero como de costumbre, lo hizo y salió disparada. Vanina se enderezó al vuelo, renegando. Tarde o temprano acabaría con el trasero en la hierba, era cuestión de tiempo. La espalda dolorida le recordó que a su edad no era normal anquilosarse de aquella manera por un trayecto de nada en coche y un par de horas de humedad vespertina. Pero la culpa era suya, y del boicot sistemático que llevaba años haciendo a gimnasios, piscinas, centros deportivos y cualquier otro lugar dedicado a la actividad física.

Cruzó el césped que separaba su casa de labranza del edificio principal, subió tres escalones de piedra lávica y empujó la puerta de su apartamento, que había dejado entreabierta. Dejó la chaqueta y objetos varios en el minúsculo recibidor, donde había conseguido encajar una vieja cómoda procedente de la casa de Castelbuono que su madre había vendido muchos años atrás. Ella no se hubiera deshecho de ella jamás, pero por entonces tenía catorce años y su opinión no contaba gran cosa.

Entró en el comedor, separado de la cocina por una puerta corredera. El mobiliario consistía en una mesa redonda –extensible si hacía falta, aunque muy raramente se le había presentado la ocasión–, una estantería caótica en la que dos hileras de libros compartían espacio con los objetos más variados, y otra estantería más grande –llena hasta los topes de cintas VHS y DVD ordenados de manera casi obsesiva– que enmarcaba un televisor de pantalla plana de 42 pulgadas. Una de las paredes estaba ocupada de arriba abajo por pósteres de películas antiguas, todas italianas y todas ambientadas en Sicilia. En un rincón, descansaba un sillón de piel con reposapiés delante y mesita auxiliar al lado.

El cine italiano de antes, mejor aún si era de autor, era la pasión de la subcomisaria adjunta Garrasi, pero las películas

rodadas en Sicilia se habían convertido casi en una obsesión. Hacía años que las coleccionaba, a ser posible en su versión integral, también las más raras y difíciles de encontrar, e incluso las que no tenían ni una escena en siciliano. Había llegado ya a la cifra de ciento veintisiete y no le había resultado fácil, sobre todo en la era predigital: desde las películas con Angelo Musco de los años treinta a las de Pietro Germi hasta llegar a las más recientes.

Vanina sacó de un cajón el catálogo de títulos, que alguien le había confeccionado tiempo atrás y que ella iba actualizando de forma regular. Se dejó caer en un sofá moderno de color gris claro, que en aquella casa desentonaba como un dosel barroco en un *loft* neoyorquino, pero del cual no estaba dispuesta a separarse ni aunque la torturaran, porque allí había pasado muchos momentos memorables. Buenos y malos.

Necesitaba una película alegre, frívola, que no le suscitase pensamientos negativos. Acababa de posar la mirada en *Mimí metalúrgico, herido en su honor* cuando el rostro sonriente del inspector jefe Carmelo Spanò apareció vibrando en la pantalla de su teléfono. Cada vez que se topaba con esa imagen, cosa que sucedía una media de entre diez y veinte veces al día, Vanina no podía evitar pensar que aquella expresión risueña en el rostro de su competente colaborador era totalmente inadecuada a tenor de las noticias que sus llamadas solían comunicar.

–Dígame, Spanò.

–Jefa, perdone las horas, pero tendría que venir.

–¿Qué ha pasado?

–Han encontrado un cadáver. En una villa de Sciara.

–¿Asesinado?

–Puede ser.

–¿Qué significa «puede ser», Spanò? –se impacientó.

–Que no es fácil saberlo... Creo que debería verlo usted misma.

Permaneció en silencio, contemplando la pared cubierta de pósteres, y observó fijamente a Giancarlo Giannini, que parecía devolverle una mirada resignada. «Habrá que dejar el plan para otro día».

Se colocó bien el auricular y se levantó del sofá.

Entró en el dormitorio.

–¿Jefa? –dijo Spanò, interrumpiendo el silencio.

–¿Cómo es que no han llamado al Arma? –le preguntó, formulando en voz alta la duda que se le acababa de plantear.

Por lo general, todo lo que ocurría en las laderas del Etna se convertía al instante en asunto de los *carabinieri*, que tenían cuarteles diseminados por los distintos pueblecitos de la zona.

–El propietario de la villa es conocido mío y por eso se le ha ocurrido llamarme a mí, que casualmente estaba localizable. Pero creo que es algo que debe...

–Que debo ver con mis propios ojos, lo pillo, Spanò –repetió mientras se ponía los pantalones y sacaba de debajo de la cama unos zapatos veraniegos de color beis con cordones. Habían participado en tantas investigaciones que prácticamente caminaban solos.

–¿Quién está con usted?

–Bonazzoli y Lo Faro.

–¿Fragapane?

–Está a punto de llegar. ¿Le digo que pase a buscarla?

–No, gracias. Fragapane conduce tan rápido como mi abuela con un Fiat 500 en la autopista Palermo-Mondello.

El inspector contuvo una carcajada.

–Como prefiera.

Se metió la Beretta 92FS reglamentaria en la funda de la axila y luego la cubrió con una chaqueta marrón. Las peores

experiencias de su vida le habían enseñado a no salir nunca desarmada.

Mientras cogía las llaves de su Mini de un portaobjetos repleto de trastos, vio sobre la encimera de la cocina una bandeja de horno que le resultaba familiar. Levantó el paño de algodón que la cubría y descubrió con pesar dos *scacce* todavía calientes, preparadas al estilo de Ragusa.

Spanò no la llamaba nunca por bobadas, menos aún en domingo. Que lo hubiera hecho significaba que el asunto era grave o, cuando menos, delicado. Que además estuviera presente la inspectora Bonazzoli solo servía para confirmar sus sospechas. Por tanto, calculando así a ojo, la posibilidad de comer durante las próximas tres o cuatro horas sería más bien remota y, desde luego, no constituiría una de sus prioridades. Sin pensárselo mucho, cortó un trozo de cada una de aquellas empanadas hechas con masa de pan y les hincó el diente. Se habría ventilado gustosamente las dos *scacce* enteritas, tal vez mientras veía la famosa película que estaba a punto de elegir, si un cadáver vespertino no la hubiese devuelto al deber. Para ayudarse a engullir, bebió un par de tragos de una botella de Coca-Cola que había abierto aquella tarde.

Llamó al cristal de la puertaventana de Bettina, la propietaria, que vivía en la planta baja de la casa señorial.

La mujer apareció al instante, entre los efluvios de su cocina en perenne actividad, y se secó las manos en el delantal. Viuda, metro sesenta de altura por noventa kilos y siete décadas llevadas con alegría. Un cruce entre Tina Pica y Sora Lella.

—¡Vannina! ¡Bienvenida! —La doble ene era irrenunciable, tanto para ella como para una discreta cantidad de convecinos—. ¿Qué es esto? ¿Ahora también nos molestan los domingos por la noche? —constató, contrariada, mientras lanzaba una

mirada a la funda de la pistola en el medio segundo que tardó la subcomisaria en ajustarse la chaqueta.

Vanina sonrió ante aquel uso del plural, que la mujer empleaba con frecuencia.

—¿Y qué le vamos a hacer, Bettina? Se ve que a los asesinos aún no les han enseñado que es de mala educación matar cristianos en domingo.

—¿Ha encontrado las *scaccitedde*?

—¡Claro! Y ya las he probado las dos. Pero me está usted malacostumbrando.

Bettina era oriunda de Ragusa y sus *scacce* estaban hechas como Dios manda.

—Mujer, ¡no va a ir usted al trabajo muerta de hambre! A saber a qué hora la dejan marcharse esta noche —dijo mientras asentía, satisfecha de haber contribuido al sustento de la subcomisaria.

Vanina la saludó con un gesto y se dirigió a la escalera. Al subir al coche se desabrochó los pantalones bajo la camiseta, lo bastante larga como para cubrir lo que en teoría tendría que haberse esforzado por mejorar. Bettina, con sus sorpresas vespertinas, no ayudaba mucho, desde luego. Tarde o temprano, y muy a su pesar, tendría que encontrar la forma de rechazarlas. Ni siquiera a ella, con el estrés que soportaba a diario y su humor siempre al límite, le resultaba fácil imponerse una dieta que excluyese todos aquellos alimentos que, en los momentos críticos, la ayudaban a mantenerse en pie. Si además le añadía los regalitos de la vecina, había perdido la batalla antes incluso de empezar a librarla.

Buscó la dirección que había guardado en las notas de su iPhone y la introdujo en Google Maps. Bendijo por enésima vez al genio supremo que había inventado el navegador GPS. Aprovechó la primera parte del trayecto, por carreteras que ya conocía, para llamar a Spanò.

–¿Puede hacerme un favor, Spanò? Llame usted a los de la Científica y al fiscal. ¿Quién es el que está de guardia?

–Vassalli.

Vanina arrugó la nariz. Grandilocuente y tan meticuloso que la sacaba de sus casillas. Pero cuando él estaba de guardia, el forense era casi siempre Adriano Calí: el mejor, además de gran amigo de Vanina. Saber que se iban a ver la ayudó a salir del estado catatónico en el que se había precipitado aquella noche. Hasta la llamada de Spanò, contrariamente a lo habitual, le empezó a parecer un incordio. Por otro lado, tampoco era justo echarle la culpa a su colaborador. De acuerdo, era cierto que si Spanò no estuviera tan integrado en la sociedad catanesa, en la que tenía muchos contactos, a esas horas aquel marrón habría ido a parar directamente a las manos de los *carabinieri*, cuyo cuartel de Sciara estaba a un paso de la villa en cuestión. Pero también era cierto que, de haber sido un caso interesante, ella se habría tirado posteriormente de los pelos por haberlo dejado escapar. Porque a la subcomisaria Garrasi le gustaban los marrones. Mucho. Y cuanta más dedicación le exigían, cuanto más le quitaban el sueño y más le robaban los días de vacaciones y los domingos, más se entregaba a ellos. En cuerpo y alma.

3.

La fachada de la villa, protegida por una verja cerrada con dos candados y por un jardín oscuro, no permitía vislumbrar formas de vida en el interior del edificio.

En la plaza no se veía ni rastro de los coches patrulla.

A punto de perder la paciencia, la subcomisaria Garrasi cogió su iPhone justo cuando en la pantalla aparecía el número de la inspectora Bonazzoli.

–Marta, pero ¿qué coj... qué narices de dirección me habéis dado? –gritó.

–Nosotros también nos hemos equivocado antes. Tienes que rodear la villa hasta la entrada secundaria. Según parece, abrir la verja principal es muy complicado.

–Ah, vale, es complicado. Con un cadáver en la casa, os dicen que es complicado y os quedáis tan panchos –protestó, mientras cerraba de golpe la portezuela del coche y se adentraba por una callecita lateral.

Cincuenta metros más allá, de pie junto al coche patrulla, vio al agente Lo Faro, que la saludaba con su típico aire de chulillo.

–Buenas noches, subcomisaria.

Vanina le borró la sonrisa de la cara con una mirada glacial.

–¿Has venido hasta aquí para quedarte como un pasmarote al lado del coche patrulla? ¿Dónde está Spanò?

–Yo, bueno, es que... la estaba esperando.

–En el sitio equivocado, teniendo en cuenta que he llegado a la plaza y no había nadie.

La inspectora Bonazzoli se asomó en ese momento a la verja con una linterna.

–Aquí estoy, jefa –la saludó.

Vanina se acercó a ella. Por el rabillo del ojo vio a Lo Faro seguir las de inmediato.

–¿Qué haces, Lo Faro? Quédate aquí y espera a los de la Científica y al forense. Y envíanos a Fragapane, a lo mejor necesitamos su ayuda. –Haciendo caso omiso de la expresión desilusionada del agente, Vanina cruzó la verja seguida de Marta–. Si es que llega a tiempo –añadió en voz baja.

Bonazzoli sonrió. Las aventuras al volante de Fragapane eran famosas en toda la Policía Judicial y llegaban incluso a la jefatura central.

Recorrieron el perímetro de la villa, hasta llegar a una terraza en penumbra desde la que se accedía al interior. Cruzaron un vestíbulo del cual partía una escalinata de mármol, repleta de estatuas y altorrelieves cuyos sujetos quedaban ocultos en la oscuridad. Atravesaron dos salas amuebladas con un estilo extravagante e iluminadas por lámparas cubiertas de telarañas, en las cuales solo una de cada tres bombillas funcionaba, hasta que por fin llegaron a un pasillo estrecho y oscuro que apestaba.

–El cadáver debe de estar cerca –reflexionó la subcomisaria mientras arrugaba la nariz.

–No, esto solo es el resultado de su hallazgo –respondió Marta, mientras iluminaba un rincón en el que alguien había vomitado del susto.

La escena de la cocina era casi surrealista. Dos personas –un hombre y una mujer– estaban sentadas a una mesa en cuyo ta-

blero de mármol se acumulaba una capa de por lo menos un centímetro de polvo gris. El hombre tenía la cabeza apoyada en las manos, mientras que la mujer apretaba espasmódicamente las asas de la bolsita de plástico que sostenía sobre las rodillas.

Un foco de jardín, colocado en un estante, proyectaba una luz blanca que otorgaba a la cocina un aire aún más tétrico.

El inspector Spanò estaba agachado ante una puertecita medio escondida en un rincón, junto a un aparador ladeado. Tras él, un joven de aspecto magrebí sujetaba una linterna con la que iluminaba un hueco oscuro.

El hombre que estaba sentado a la mesa se puso en pie y se acercó a la subcomisaria.

–Soy Alfio Burrano –se presentó.

De unos cuarenta y cinco años, alto, pelo rubio con alguna que otra cana, chaqueta arrugada y una expresión desencajada que no le restaba puntos a un rostro interesante. La versión siciliana de Simon Baker.

Le estrechó la mano.

–Subcomisaria adjunta Giovanna Garrasi.

Sin moverse de su sitio, Spanò le hizo una seña para que se acercara.

–Venga a ver esto, jefa.

Vanina se acercó a él.

–Deduzco que el cadáver está ahí dentro.

–Si es que podemos llamarlo así... –murmuró el inspector al tiempo que se hacía a un lado–. Tenga cuidado, que hay un pequeño desnivel –la advirtió.

A lo largo de su carrera, la subcomisaria Giovanna Garrasi había visto muchos escenarios espeluznantes: hombres ahorcados o quemados vivos, cadáveres emparedados en columnas de cemento, acribillados a balazos o a navajazos, estrangulados, etcétera. Pero la escena que se le presentó aquella noche

solo podía definirse con una palabra que ella vilipendiaba y definía como «de novela gótica»: macabra. Abandonado en diagonal sobre el suelo de un montaplatos de metro y medio por metro y medio, yacía el cuerpo momificado de una mujer. La cabeza, que aún conservaba restos de un fular de seda, estaba inclinada en un ángulo de noventa grados sobre un abrigo de piel que cubría un traje de chaqueta de color indistinguible. Del cuello colgaban tres collares de distinta longitud. Alrededor del cadáver había varios objetos esparcidos: un bolso, un neceser rígido de los que se usaban en otra época, un frasco de colonia sin tapón y un recipiente metálico que, por su aspecto, parecía una caja de caudales.

–¿Quién la ha encontrado?

–Alfio Burrano y el tunecino.

Vanina cerró la puerta y la aseguró con el pestillo que hacía las veces de cerradura. Estaba claro que desde el interior no podía abrirse.

Volvió a abrirla y metió la cabeza en el hueco para observar de cerca los objetos. El aire, impregnado de un intenso olor a cerrado, resultaba irrespirable. Sobreponiéndose al impulso de apartarse y a la vaga sensación de náusea que, pese a los años de experiencia, aún no había conseguido superar del todo, se inclinó un poco hacia el interior con cuidado de no tocar nada.

–¿Vive alguien en esta casa? –preguntó, apartándose de nuevo del hueco.

–Según he entendido, solo Alfio. Pero no en esta parte.

–Y, precisamente por eso, es probable que aquí no haya entrado nadie desde hace mucho.

–Alfio dice que nunca ha estado aquí más de unos pocos minutos.

Spanò se volvió a mirar a Burrano, que se había vuelto a sentar junto a su amiga.

–¿Qué opina, jefa? –prosiguió después–. ¿Abrimos los dos bolsos antes de que los de la Científica nos los quiten? Así nos vamos haciendo una idea.

La subcomisaria asintió.

Mientras el inspector buscaba en el bolsillo un par de guantes, resonó en el pasillo la voz áspera de Cesare Manenti, el subdirector de la Científica.

–Demasiado tarde –comentó Vanina.

Toda la información se obtendría según el ritmo y los procedimientos de Manenti, que no eran precisamente veloces.

–Hola, Garrasi –la saludó su colega, mientras echaba un vistazo a su alrededor bastante enfadado.

Era hombre de pocas palabras y la mayor parte del tiempo resultaba intratable.

–Hola, Manenti.

–A ver, ¿dónde está ese cadáver por el que he tenido que abandonar una más que agradable cena en casa de unos amigos?

«Ah, pero ¿es que un hombre así puede tener amigos?», pensó Vanina.

–Ahí mismo –le indicó–. Pero te aviso que no vas a tener mucho espacio para moverte.

Manenti metió la cabeza en el montacargas y luego, tras hacer una seña, le cedió el sitio a un agente que llevaba un mono blanco, además de botas, guantes y mascarilla.

–¿Habéis tocado algo? –le preguntó, con el aire de quien espera una respuesta afirmativa.

Spanò, ofendido, dio un paso al frente.

–Para su información, no hemos puesto ni un pie ahí dentro.

Por toda respuesta, recibió una miradita en plan «Estás hablando con un superior».

La subcomisaria se apresuró a intervenir:

–Manenti, no pierdas el tiempo y dame algo útil. Intentemos averiguar, a partir de la escena, a qué época se remonta el cadáver, porque no creo que la autopsia nos proporcione gran cosa.

–A la prehistoria se remonta –comentó el fotógrafo forense de la capucha que acompañaba al subdirector de la científica.

Vanina reclutó a Bonazzoli, en presencia de la cual Cesare Manenti perdía de golpe su engrimiento para adoptar un tono casi melifluo. Se alejó y lo dejó extraviado en los ojazos verdes de la inspectora, que en cuanto a atractivo no tenía nada que envidiarle a Heidi Klum, y se fue a buscar a Burrano entre la pequeña multitud que se había formado en pocos minutos. Lo vio de pie delante de la mesa en la que el otro tipo con capucha estaba montando un foco para iluminar el hueco. Con una mano en el bolsillo y un puro encendido entre los dedos de la otra, Burrano deambulaba inquieto en torno a un agente que manipulaba un enchufe antediluviano.

Vanina observó de reojo a la mujer, aún sentada con la bolsa sobre las rodillas. Muy pálida, respondía con aire ausente a las preguntas del inspector Spanò. Era joven, apenas una muchacha, y la insistencia con la que observaba a Burrano no dejaba dudas acerca de la naturaleza de su relación.

–Señor Burrano, quisiera hacerle unas preguntas –dijo Vanina, mientras se acercaba a él.

–Desde luego. Pero, a ser posible, preferiría que habláramos en otro sitio. No me apetece ver otra vez el... el... bueno, el cadáver.

Se dirigieron a un comedor y se sentaron en el extremo de una mesa larga –una mezcla de estilo *liberty* y oriental–, bajo una de aquellas lámparas de bombillas diezgadas. La mujer de la bolsa blanca desplazó la silla hasta casi tocar la de Burrano y se sentó a su lado, mientras colocaba con cuidado la bolsa so-

bre el regazo. Vanina empezaba a preguntarse qué era aquello tan valioso que llevaba dentro.

Burrano las presentó: Valentina Vozza, enóloga de profesión. No más de veintiocho años, cuerpo perfecto embutido en unos vaqueros que muy pocas podían lucir, y una melena de pelo oscuro y liso que le daba un aire parecido al de su homónima en el cómic de Crepax.

—¿Cuánto tiempo hace que vive en esta casa, señor Burrano? —empezó a decir Vanina, mientras se acomodaba frente a los dos, al otro lado de la mesa, y sacaba de su bolso el paquete de cigarrillos.

—La verdad es que no vengo casi nunca. De vez en cuando paso por aquí algún fin de semana, pero a veces ni siquiera me quedo a dormir. Mis habitaciones están en el otro lado, en la única parte reformada.

—¿La villa es suya?

—No, es de mi tía.

—¿Ella tampoco vive aquí?

—Nunca lo ha hecho.

Vanina echó un vistazo a su alrededor. Adornos, bajorrelieves que representaban palmeras y otras plantas... Y por si todo eso fuera poco, las barras de las que colgaban cortinajes de estilo bereber no eran en realidad barras, sino auténticas lanzas de madera. El hedor a muerte antigua que la había asaltado en el montacargas, sumado al polvo que toda aquella gente estaba levantando, ya le había irritado la garganta, cosa que la había llevado a rechazar el encendedor que Burrano, inclinándose sobre la mesa, le había ofrecido nada más verla abrir el paquete de cigarrillos. A la mirada atenta de la subcomisaria no se le había escapado el destello que aquel gesto había provocado en los ojos de Valentina Vozza. Si dos y dos eran cuatro, la relación entre ellos debía de ser parecida a la del ca-

zador y la liebre. Se aceptaban apuestas sobre cuál de los dos era el que huía.

–¿Quién fue la última persona que vivió en esta parte de la casa? –preguntó, mientras hacía girar entre los dedos el cigarrillo sin encender.

–Fume si le apetece, subcomisaria –dijo Burrano.

–Gracias. De momento, no. ¿Y bien?

–Por lo que sé, fue mi tío Gaetano. Pero estamos hablando de hace muchos años.

–¿Y ya no está?

–¿Quién?

–Su tío.

Burrano se quedó perplejo un instante.

–No –respondió, como si fuera una obviedad.

La subcomisaria lo observó fijamente con sus ojos de color gris hierro, como si quisiera intimidarlo. En aquella respuesta telegráfica había algo que no expresaba.

–Señor Burrano, ¿conocía usted la existencia del montacargas?

El hombre pareció recuperar la voz.

–¡Por supuesto que no! Pero tampoco es que me sorprenda. Esta casa tiene un montón de aspectos, vamos a llamarlos, particulares. Dios, encontrar un cadáver no ha sido una experiencia precisamente agradable.

–¿A qué se refiere con «aspectos particulares»?

–A la forma en que se proyectó, la decoración absurda, la torre y todas las diabluras que hizo instalar mi abuelo.

–El inspector Spanò me ha dicho que el descubrimiento de la abertura en la pared de la cocina es resultado del hallazgo de una puerta parecida en la planta de arriba. Me gustaría que me la enseñara.

Alfio Burrano se puso en pie.

–Desde luego –asintió.

Valentina se alzó de inmediato sobre sus taconazos, dispuesta a seguirlos. La bolsa blanca se volcó y cayeron al suelo dos cajitas marcadas con el logotipo del restaurante japonés más frecuentado de Catania. Una docena de piezas de *sushi* salieron rodando entre una capa de polvo y salsa de soja, rodeadas de láminas de jengibre y unas cuantas vainas verdes que Vanina, dada su escasa cultura en la materia, no supo identificar.

–¡Joder, Vale! –farfulló Burrano, enfadado.

La chica le lanzó una mirada incendiaria en la que él, demasiado ocupado deshaciéndose en excusas ante la subcomisaria, ni siquiera reparó.

Amabilísimo de nuevo, se volvió hacia Vanina.

–Vamos, subcomisaria, le enseñaré la habitación de arriba. Valentina hizo ademán de seguirlos.

–No veo motivos para que tú también subas. Ponte cómoda –la detuvo él, con un gesto perentorio–. O mejor, haz una cosa: ve a buscar a Chadi y dile que limpie este desastre.

Vanina pensó que, si un hombre se hubiera atrevido a usar ese tono con ella, se habría ganado un «Vete a la mierda» en menos de diez segundos. Vozza, en cambio, volvió a sentarse y obedeció. Con fuego en la mirada, pero obedeció.

Burrano subió la escalera de mármol y entró en una habitación que, en cuanto a extravagancia, no tenía nada que envidiar ni al comedor ni al resto del mobiliario. Le mostró la abertura de la pared, camuflada entre la decoración, y la invitó a fijarse en la estatua que la ocultaba.

–Parece una copia del busto de Giuseppe Verdi que hay en el jardín del teatro Massimo de Palermo –dijo Vanina.

Burrano sonrió. El sujeto, le explicó, era el patriarca, el artífice de aquella mansión.

–O sea, que esta abertura también estaba escondida –constató la subcomisaria.

–Exacto. Y ha sido esa rareza lo que me ha llamado la atención. Cuando he visto que en la cocina había un aparador exactamente en el mismo sitio, se me ha ocurrido la brillante idea de apartarlo para ver si había acertado con mis cálculos. Maldita sea mi curiosidad.

–¿Cree que puede haber otra puerta? ¿En la planta de arriba, tal vez?

–Podría ser, aunque lo dudo. Estas habitaciones, por lo que sé, se usaban bastante, y por eso tenía sentido que llegase un montacargas, pero aquí encima ya está la torre.

Vanina cerró la puerta y la aseguró con el pasador. También aquella se abría solo desde el exterior. Pero... ¿qué sentido tenía ponerle un cerrojo a un montaplatos? Dobló las rodillas y enfocó con la luz de su iPhone la grieta entre el suelo y la puerta. Era milimétrica, prácticamente invisible.

Se incorporó, sacudiéndose el polvo de las manos. Paseó la mirada por el resto de la estancia, vio la pared medio caída y los muebles que indicaban la proximidad de la zona de dormitorios, y finalmente observó de nuevo a Burrano, que estaba de pie con los brazos cruzados junto a la estatua de su abuelo, observándola a ella. Parecía bastante más tranquilo que antes. O, por lo menos, no tan afectado.

–Me parece que, de momento, no hay nada más que ver –concluyó Vanina, al tiempo que lo animaba a precederla–. Tengo que advertirle, sin embargo, de que toda esta zona de la casa, incluida la torre, va a quedar precintada. Por tanto, ni usted ni ninguna otra persona podrá entrar, a menos que se halle presente uno de nosotros –le comunicó, mientras bajaban la escalera.

–No se preocupe, subcomisaria. Hacía mucho tiempo que

no entraba en esa cocina y creo que nunca he pasado ahí más de tres minutos.

–¿Por qué motivo?

Burrano la observó, inseguro.

–Eran las habitaciones de mi tío Gaetano.

Vanina permaneció en silencio, a la espera de más información.

–Murió hace más de cincuenta años. Yo no llegué a conocerlo.

–Y en vista de que no viene nunca a esta parte de la villa, ¿cómo ha descubierto lo de la pared?

–Por Chadi. Parece que ha oído un ruido procedente de este lado de la casa y ha entrado en las habitaciones abandonadas para ver qué había ocurrido. El resto de la historia creo que ya la conoce. Subcomisaria, disculpe que se lo diga, pero... ¿pueden impedir que se entere la prensa? Nunca se sabe qué van a escribir y no creo que a mi tía le apetezca mucho salir en la portada de la *Gazzetta Siciliana*.

–Haremos lo posible por evitarlo.

Estaban en el último escalón cuando Adriano Calí, el médico forense, apareció en la entrada escoltado por el suboficial Fragapane.

La subcomisaria dejó a Burrano con su amiga, que lo esperaba junto al pasillo, y se dirigió hacia los dos hombres. Envió a Fragapane a la cocina de los horrores, para que ayudara a Spanò, y obsequió al forense con una sonrisita irónica.

–¿Por qué estaba yo tan segura de que ibas a aparecer de un momento a otro?

Calí hizo una mueca mientras se quitaba una chaqueta ceñida de color azul celeste que combinaba con unos vaqueros estrechos y doblados a la altura del tobillo.

–Vassalli me tiene mucho cariño y siempre me asigna los

casos más curiosos –dijo, echando un vistazo a su alrededor mientras entraban en la cocina.

Sacó un par de guantes de látex de una bolsa de cuero marrón, que luego dejó en el suelo.

–Por lo que he entendido, mi paciente de esta noche no está precisamente fresco.

–Fresca. Es una mujer –puntualizó Vanina.

–Una momia, según me ha informado Vassalli –resumió el médico al tiempo que se ponía los guantes. Mientras, Manenti y su equipo se apartaban para dejarle espacio–. Ah, por cierto: ha considerado que su presencia era necesaria esta misma noche, por lo que aparecerá en cualquier momento.

En Catania, el sistema para avisar al forense no funcionaba del mismo modo que en la mayoría de las ciudades. En lugar de recurrir al Instituto de Medicina Forense, era el propio fiscal quien reclutaba directamente al forense, al cual escogía de una lista. Así pues, el elegido –que una vez recibida la llamada no podía negarse a intervenir, a no ser que fuera por graves motivos de salud o personales– era siempre el mejor informado en cuanto a los horarios y las intenciones del fiscal de guardia.

Calí se metió en el montacargas.

–Oye, Adriano... –empezó a decir Vanina.

–A ver si lo adivino, quieres saber a qué hora se produjo la muerte –dijo con sarcasmo.

–Deja de tomarme el pelo y trabaja un poco, hombre. ¿Crees que es posible situar al menos la época de la muerte?

–¿Quieres decir si fue hace diez, veinte o puede que cuarenta años?

–Vale, lo pillo. No es posible.

–Si te soy sincero, creo que esta vez no voy a poder ayudarte mucho. Después de un determinado número de años

no se puede establecer la época exacta. Y en este caso, puedo decirte ya que deben de haber pasado unos cuantos –afirmó, mientras examinaba con atención los restos humanos que yacían ante él.

Cogió uno de los collares. Se fijó en los zapatos: de salón, tacón alto. Levantó un poco la falda, hasta dejar a la vista una prenda de encaje, raída y reblandecida sobre la pelvis marchita, que por el aspecto parecía un corsé.

–Debió de ser una mujer elegante –constató–. Y así a simple vista, diría que no vivió en una época reciente.

–¿En serio? No me digas –ironizó la subcomisaria, imitando a propósito el acento palermitano que Calí, catanés hasta la médula, no soportaba.

Manenti estaba de pie junto al forense, cada vez más enfurrñado y con las manos metidas en los bolsillos de un gabán de color gris topo y aspecto antediluviano. Marcaba un curioso contraste con Adriano, quien –pese a la ocasión– iba vestido a la última moda.

–Si se ha momificado, es gracias a esta rejilla de hierro que hace de base. Drenó velozmente los líquidos; la temperatura baja y alguna pequeña corriente de aire se encargaron del resto. De lo contrario, solo habríamos encontrado huesos –explicó el forense.

–¿Lo ves? ¡Somos afortunados! –ironizó la subcomisaria.

El fiscal Vassalli entró con paso firme, seguido del agente Lo Faro, casi pegado a sus talones. Por su expresión sombría, era evidente que aquella inspección vespertina le resultaba un fastidio.

–Buenas noches, subcomisaria. Querido Calí. ¿Tenemos alguna idea de quién puede ser la víctima? –dijo, con el aire escéptico de quien renuncia a la respuesta antes incluso de formular la pregunta.